

**Elsa Osorio**

**LAS MALAS  
LENGUAS**

**DEL ALFONSINISMO AL  
MENEMISMO**

**Grupo Editor Latinoamericano**

---

---

*Colección TEMAS*

<i>Prólogo</i> .....	9
----------------------	---

## **Uno**

<b>LOS SINTOMAS</b> .....	15
---------------------------	----

El cuerpo nacional .....	17
La mano de Dios .....	20
Profundamente <i>light</i> .....	23
En clave de <i>re</i> .....	29
Nada nuevo bajo el sol .....	32
Política afectiva .....	33
El pactabrazo: folletín nacional .....	36
Entre adictos, seguidores, simpatizantes y acólitos .....	43
Simplemente afiliados .....	49
Mesa de dinero .....	51
Retorno a los orígenes .....	56
Los duros de hoy y de siempre .....	58
La guerra de los <i>co</i> contra los <i>co</i> .....	61
Fantasmas .....	65
En búsqueda del tornillo perdido .....	69
Villa Freud .....	73

## **Dos**

LOS ESTILOS .....	77
Ministerio de la broma .....	79
Furor escénico.....	84
El show debe seguir .....	87
Lo único cierto: el fútbol.....	93
Margaritas a los chanchos .....	100

## **Tres**

LA SUBJETIVIDAD DEL LENGUAJE.....	107
La lengua que supimos conseguir .....	109
Yo es otro.....	118
Este país, mi país .....	123
Para mujeres .....	126

## **Cuatro**

LAS MODAS .....	129
Giles, boludos, forros, diosas, namis y tipas .....	131
Me quedo con los argentinos.....	137
La comología.....	139
Ondas y ondas .....	143
La pálida nos copó y mató mil.....	148

## **Cinco**

PALABRA COMODIN .....	153
Coyuntura .....	155

Cosa de locos .....	159
Operadores .....	164
La transparencia no es transparente .....	168
Kafkiano, platónico, borgeano: una discusión bizantina .....	174
 <b>Seis</b>	
NUESTRA EDAD .....	177
 Pinuno, pindós, pintrés .....	179
¡No va más! .....	184
Un portazo cualquiera da en su vida .....	189
Tal vez nos falte un poquito .....	192
Entre delincuentes, fascinerosos, sátrapas, traidores, fascistas y piojosos .....	195
¡Más prolijo! .....	199
Todos a la escuela .....	202
Nuestra edad .....	206
 <i>Guía de nombres</i> .....	211

## PROLOGO

No, no somos así. Son las malas lenguas. Es que nos envidian porque somos superiores, porque este crisol de razas nos hace los más lindos, los más originales, los más cultos de América, porque vivimos en un país rico, porque somos el granero del mundo, porque Buenos Aires se parece a París, porque Dios es argentino y porque estamos entrando al primer mundo.

Las malas lenguas, sin embargo, son nuestras propias palabras.

Buenos Aires habla. "Las palabras no me alcanzan para expresarme", se queja. Pero no es que no le alcanzen, sino que le sobran. No es que digan menos de lo que quiere expresar, sino que siempre dicen mucho más de lo que le gustaría. Quiere mostrar hasta el tobillo y se le ve la rodilla. Y cuando dice que quiere mostrarse desnudo, verdadero, no puede despojarse del hábito y del tutú con que carga. Se maquilla con esmero ante un espejo para enfrentarse a la sociedad. Le devuelvo su imagen en ese

espejo, donde concentro todos los reflectores, y ahí aparecen esos poros abiertos que el maquillaje no logró ocultar, esas heridas que no puede disimular, esos tics de los que no tiene conciencia. Las malas lenguas, que no hablan más que de sí mismo.

Ese espejo en el que Buenos Aires se refleja, día a día, sin pudor ni piedad, no es otro que su lengua. La lengua que supimos conseguir.

Buenos Aires habla tal cual es. No puede evitarlo. No puede dejar de hablar y, por lo tanto, no puede dejar de significar. Las palabras se le escapan, hacen su propio juego interpretando y reproduciendo su realidad, pero ocultándole sus reglas.

Aunque ponga especial cuidado en la elección de sus palabras, no puede sustraerse a las determinaciones de su historia, no puede detener el desplazamiento constante de las palabras, ni la creación de nuevos sentidos que dan cuenta de sus necesidades en un momento histórico determinado. No puede evitar producir las malas lenguas que lo delatan.

Se suele decir que hay lenguas más ricas que otras. Cada sociedad tiene en su lengua tantas palabras como necesita. Los esquimales tienen tantas palabras para nombrar el hielo como nosotros para nombrar a los caballos. Hielo, cubito y rolito, sólo tres palabras, no hablan de la pobreza de nuestra lengua en relación al esquimal, sino de nuestra necesidad. Para qué más, si no hace tanto frío.

Buenos Aires habla así, con tantas o tan pocas palabras como necesita. Así hablamos, así somos. Este libro se propone observar ese espejo donde se descubre nuestra sociedad en su sórdida, simpática, patética desnudez.

Y si mi personaje es Buenos Aires es porque ésta es mi sociedad, en la que leo, escucho y persigo palabras. Sería falso para mí hablar del lenguaje del argentino. Yo no vivo en toda la Argentina, sino en Buenos Aires, y no desconozco que Santiago o La Rioja hablan de otra forma: son otras sus circunstancias. El lenguaje del poder está, sigue estando, aunque sea un riojano quien gobierne, en Buenos Aires. Cómo el tono y las voces (en ocasiones nítidas y desesperadas) de la provincia se entrecruzan a estos textos, en determinadas circunstancias, es un trabajo de astucias y cautelas que propongo al lector para no olvidar esa “deuda interna” que a todos nos atañe.

Siempre las palabras han ejercido sobre mí una especial fascinación, donde no está ausente esa indefinida desesperación que me produce no poder controlarlas. De esa fascinación desesperada surgen estos textos como una suerte de venganza ante su indiscutible independencia.

Me demoro en algunos rasgos, busco pistas que me conducen a otras, y no dejo de asombrarme porque las huellas que encuentro en las palabras me parecen pruebas tan incuestionables como los glóbulos rojos o blancos que marca un hemograma.

No hay nada en la lengua que responda al azar, siempre existe una razón para el desplazamiento de las palabras y sus sentidos, pero el hombre, inmerso en su sociedad y en su tiempo, lo ignora, o simplemente, no se lo cuestiona. El detenerse sobre las palabras permite hacer explícito lo que la memoria débil y evanescente como es (sobre todo la memoria argentina) tiende a perder, pone en evidencia lo que pasa desapercibido en la bruma del hábito y la cotidianidad.

Durante algunos años he seguido el camino de las palabras en los medios, persuadida de que la historia de este pueblo, su evolución (o involución, según se mire) está presente en su lenguaje.

Llegué a pensar que este libro era infinito, siempre seguían ocurriendo hechos, pronunciándose palabras que me parecía imprescindible registrar. Los textos y los archivos crecían sin que pudiera resignarme a ponerle un punto y editarlo. Mientras durara el proceso de edición, inevitablemente, seguiría el movimiento de las palabras.

Sólo la distancia, estar tres meses fuera del país, recibiendo las escasas noticias sobre nuestra sociedad a través de diarios extranjeros, me permitió poner un punto, hacer un corte, una selección, sin estar presionada por esa loca carrera de atrapar palabras en la información.

Las palabras escritas en los diarios y revistas, dichas en la televisión o en la radio por los políticos y los periodistas, que había estado coleccionando durante todos esos años, por suerte, no se las había llevado el viento, estaban ahí, en mi computadora.

Decidí relacionar algunos textos escritos entre el cuarto y el quinto año del gobierno de Alfonsín con otros escritos entre el cuarto y quinto año del gobierno de Menem: hay un proceso histórico y social que sólo se hace evidente en la comparación, hay significaciones nuevas que surgen de la yuxtaposición. Esto me permitió también dar cuenta de los rasgos definitivos de cada una de esas épocas, así como de aquellos que van más allá de quien gobierne, que son algo así como “la marca en el orillo”.

“Siempre es cruel recordar algunas palabras que se



han dicho”, escribió hace años Atilio Cadorín. Es peor olvidarlas.

Las palabras de todos los días, olvidadas en el día a día, pueden actuar como fotografías instantáneas que descubren un gesto del cual no tenemos conciencia. Sólo así puede mostrarse ese Buenos Aires hablando y olvidándose para seguir hablando.

En tanto estoy sujeta al juego de la lengua, no puedo sino dejar hablar sus efectos: las malas lenguas.